

bito negro en memoria de sus acerbísimos dolores y de su soledad.

Fué luego el superior de estos, Buenhijo, á dar cuenta á su obispo Arduigo de esta vision tan extraordinaria, quien la oyó lleno de admiracion y pasmo. Mandó que inmediatamente se hiciesen siete hábitos negros, que eran túnica, capilla, escapulario y manto. Al dia siguiente subió al monte Senario, acompañado de la nobleza y de las personas mas distinguidas de la ciudad: llegaron al oratorio donde se hallaban los devotos siervos de Maria postrados á sus soberanos pies, despidiendo de sus rostros un celestial resplandor. Celebró el obispo, les dió la comunión, y acabada la misa les vistió el santo hábito; haciéndolos al mismo tiempo una alocucion la mas tierna y espresiva: «Cesen ya, carísimos hermanos, les dijo, vuestros temores, ya no tenéis que dudar. Tantos prodigios, tan señalados favores como os dispensa la mano benéfica de la Virgen, manifiestan bien claramente ser ella la fundadora de esta nueva religion. «Ella os ha dado el glorioso título de siervos suyos, no solo para vosotros, sino para los demás. No resistais á su voluntad, dad rendidas gracias porque entre millones os ha escogido para que seais las cabezas de los muchos que se acogerán bajo el manto prodigioso de su proteccion, de este manto admirable que representa su viudez y su luto por la muerte de su amado Hijo, y que llevó despues todo el discurso de su vida. «La Virgen es quien os viste y os adorna con este misterioso ropaje. Yo solo soy instrumento para ejecutar su voluntad. «Observad puntualmente esta orden de S. Agustin, que tambien es don de la Virgen: ella os servirá de escala para subir al cielo.» En seguida hicieron la profesion pública y los votos solemnes de pobreza, obediencia y castidad; y confirmó en el oficio de Prior á Buenhijo, siendo éste el primer Prior general de esta religion.

Este fué el nacimiento de esta célebre religion aprobada por varios sumos Pontífices con el nombre de Servitas ó Siervos de Maria, los que despues de cerca de seis siglos conservan aun el mismo espíritu de sus fundadores, y la misma religiosidad. Desde aqui se ha de contar propiamente la verdadera época de esta célebre fundacion apoyada con tantos testimonios nada sospechosos, autorizada con tantos milagros, honrada con tantos privilegios; y favorecida continuamente con las abundantes bendiciones que derrama Dios sobre los siervos que saben aprovecharse de los infinitos tesoros que están como vinculados en ella. ¡Oh! ¡cuantas gracias no debemos dar á Jesucristo y su

Madre porque se ha dignado manifestarnos sus bondades por medio de esta religion! Ella es aquella estirpe santa de los ilustres hijos del monte Senario: ella aquel orden afortunado en el que de edad en edad se ha visto perpetuarse la humildad mas profunda, la penitencia mas austera, el celo mas acendrado, el menosprecio del mundo mas sincero, el odio de sí mas perfecto, el amor á Dios y á su Madre mas ardiente y mas tierno: ella es el orden en que una constante sucesion de Santos espone á nuestra vida los ejemplos mas brillantes de virtudes, y en el que sus hijos, herederos del espíritu de los primeros fundadores, conservan todavía en nuestros tiempos la hermosura de su instituto, y el mismo espíritu que aquéllos, trasmitiéndose de siglo en siglo, como depositarios, los frutos de su piedad y de sus virtudes.

SAN MARTIN DE LEON.

SAN Martin, decoroso ornamento de los Canónigos Regulares segun la regla de S. Agustin, tan célebre en el siglo XII por su prodigiosa vida, como por su ciencia infusa, nació en la ciudad de Leon de España ó en su territorio de una de las ilustres familias oriundas de aquella capital. Pidieron al Señor sus padres Juan y Eugenia con fervorosos ruegos que les diese sucesion para su consuelo; y oidas sus reverentes súplicas, les concedió á Martin para que aumentase la gloria de sus ascendientes, y diese honor inmortal á su patria. Aplicáronse sus padres con el mayor desvelo á dar al niño una educacion tan propia de su piedad como de su nacimiento, animados no tanto para que fuese heredero de sus bienes temporales, cuanto de sus virtudes, y de sus ejemplos; pero presto conocieron que á los eficaces medios de que se valian para su buena crianza, hacia grandes ventajas otro maestro interior que ilustraba su entendimiento, y formaba los rectísimos dictámenes de su inocente corazon: dejándose ver en sus mas tiernos años, como si estuviese perfectamente instruido en los caminos de la perfeccion. En efecto previnole el Señor desde la cuna con las mas bellas disposiciones para la virtud, enriqueció á su dichosa alma con los tesoros del cielo, y venciendo con estos dones los desordenados movimientos de las pasiones, fué su infancia un preludio de su santidad futura, sin que en ella fuesen otras sus diversiones que las obras de piedad, de amor de Dios, y de caridad para con el prójimo.

Murió la madre del Santo en su edad tierna, y deseoso su padre de dedicarse enteramente al servicio del Señor separado de los

tumultos del siglo, se retiró al claustro de S. Marcial de Leon, en cuyos canónigos florecia por entonces la regla del Padre san Agustín. Llevó consigo á Martín, que como niño se quedó en el monasterio en hábito secular, ocupándose en ayudar á misa y en los demás ejercicios de devocion acostumbrados en aquella ilustre casa. Observaron los canónigos en el inocente niño una gran prudencia en toda su conducta, un entendimiento juicioso, una mansedumbre suma, una docilidad sin semejante, libre de todas aquellas imperfecciones que eran regulares en su edad, y añadiéndose á esto el fervor que notaron en sus oraciones, las rigurosas mortificaciones con que castigaba su inocente cuerpo, y sobre todo ser el primero que asistia á los oficios divinos por el dia y por la noche, admirados de su extraordinario porte, hicieron cuanto pudieron para no perder aquel tesoro.

Recibió el órden de subdiácono luego que tuvo edad competente, y creyéndose obligado en el nuevo estado á domar con mas rigor los movimientos carnales, para conservar el candor y la pureza tan debida á los ministros del santuario, resolvió hacerlo por medio de los trabajos de la peregrinacion. Murió su padre por aquel tiempo, y habiendo distribuido entre los pobres su cuantioso patrimonio, partió á la expedicion premeditada, proponiéndose el objeto de visitar las reliquias de los Santos. Ejecutó así en Oviedo primeramente, desde allí se condujo á Santiago de Galicia á rendir sus obsequios al ilustre Apóstol Patrono de la Nacion, y habiendo practicado iguales diligencias en los mas célebres santuarios de España, se dirigió á Roma á visitar aquellos santos lugares regados con la sangre de tantos mártires, y enriquecido con el tesoro de sus reliquias: hizolo con tal piedad y con tal respeto, que edificados de su fervorosa devocion los porteros de la iglesia de S. Pedro, le concedieron permiso para que entrase en ella en el tiempo y en la hora que quisiese, bien fuese por el dia ó por la noche. Deseaba Martín con vivas ansias la bendición del vicario de Jesucristo; y concediéndosela el Papa Urbano III, partió á Jerusalem á satisfacer su piadoso designio. Visitó de camino el templo de S. Miguel en el Monte Gargamo, con el de S. Nicolás de Bari: y habiendo llegado á la capital de Palestina, se sintió mas que nunca encendido en los mas vivos deseos de imprimir en su corazon la memoria de la dolorosa pasion de Jesucristo, que era la materia mas frecuente de sus meditaciones. No es posible explicar la devocion, la ternura, y las lágrimas con que veneró Martín aquellos santos monumentos donde se obraron los misterios de nuestra reparacion; cuya vista renovó en su corazon los mas fervorosos afectos para

con el Redentor del mundo. Mantúvose dos años en Jerusalem, reiterando aquellas visitas, y para ejercitarse á un mismo tiempo en obras de piedad, se estableció en el hospital donde se curaban los pobres peregrinos, á quienes servia con una humildad profunda, asistiéndolos con una caridad sin límites.

No satisfecha la devocion de Martín con haber visitado los sagrados monumentos de Jerusalem, y otros muchos de la Tierra Santa, partió á Constantinopla con el mismo designio. Compró una casulla que se vendia á la sazón, para darla á la iglesia de S. Marcial de Leon; pero habiendo llegado con ella á Civitavequia, creyendo los guardas del registro que traia hurtada aquella alhaja, dando al juez parte, mandó ponerlo en su cárcel por sospecha. Imploró el Santo en la prison el auxilio divino, y repitiendo el Señor aquel prodigio que en otro tiempo obró con el Príncipe de los Apóstoles, bajó del cielo un ángel que le puso en entera libertad. Conseguido este favor por el que dió á Dios las correspondientes gracias, pasó á Francia á venerar las reliquias de S. Dionisio, y de S. Martín de Trouis; y de allí se dirigió á Inglaterra, y á Hibernia á practicar la misma diligencia con las de Sto. Tomás Apóstol, y las de S. Patricio. No es fácil explicar los trabajos, los peligros, las injurias, el hambre, y la sed que padeció Martín en tan penosas como dilatadas peregrinaciones: las que hizo á pié descalzo en clase de pobre mendigo, sin indultarse nunca del mas rigoroso ayuno, ni de otras voluntarias mortificaciones; y concluidos estos penosísimos viajes volvió á Leon enriquecido con los relevantes méritos que contrajo en semejantes expediciones. Hallábase á la sazón obispo de Leon el ilustrísimo Manrique; y considerando este insigne prelado el grande bien que resultaria á la Iglesia, si un sugeto de aquella virtud fuese elevado al sacerdocio, le ordenó de diácono, y presbítero, bajo el seguro de crear uno de los mas dignos ministros para el altar. En la nueva dignidad se sintió el Santo encendido en nuevo celo de su propia santificacion; y aunque el estado que acababa de abrazar era tan santo, como le llamaba Dios á un grado de perfeccion eminente, le inspiró ardentísimos deseos de vida mas retirada. Puso los ojos en el monasterio de S. Marcial, que habia sido la escuela donde aprendió en sus primeros años á ejercitarse en los oficios divinos: y admitido entre los canónigos que profesaban en aquella ilustre casa la regla de S. Agustín, se distinguió desde luego por el grande estudio con que se dedicó al servicio del Señor: distribuyendo todo el tiempo con una sabia economía en la oracion, y en piadosos ejercicios, de suerte, que acabándose de perfeccionar su inocente corazon con la contem-

placion, y con la penitencia, llegó á ser el ejemplo, y la admiracion de todos por la justificacion de su conducta.

Ocurrió por aquel tiempo una reñida controversia entre el obispo de Leon, y los canónigos de S. Marcial; cuyas resultas fueron espellerlos de aquella iglesia, y establecer en ella clérigos seculares. Fué Martin uno de los espulsos; pero como sus deseos eran continuar en la observancia del estado que abrazó, se pasó al monasterio de S. Isidoro, donde se profesaba la misma regla. La vida ejemplar, la inocencia de sus costumbres, su puntual asistencia al coro, su grande amor al retiro, y sobre todo la rígida asistencia que observó el Santo en esta casa, cuando parecia que habian de granjearle el cariño, y aun la veneracion de sus compañeros, le hicieron odioso á muchos, que mirándole como á un reformador incómodo y molesto, reputaban su observancia regular por censura, y por una reprobacion tácita de su vida menos ajustada: en fin pasó á tanto la aversion, que queriendo Martin quitar toda ocasion de escándalo, se volvió á la iglesia de S. Marcial.

En seguida de este hecho se apareció S. Isidoro á los canónigos de su monasterio; y reprendiéndolos severamente les dijo: *¿Por qué habeis espelido al siervo de Dios Martin? volved á recibirlo en vuestra compañía; pues debeis alegraros de tener entre vosotros uno que siga el camino de la perfeccion: ved que sus obras mas son de edificacion, que de escándalo.* Aterrados los canónigos con la vision, y reprobacion de S. Isidoro, pasaron en comunidad á la iglesia de S. Marcial; y habiendo pedido perdón al Santo postrados á sus pies, le suplicaron que volviese al monasterio, bajo el seguro de que no le impedirian seguir el tenor de vida que eligiese. Resistióse Martin á los principios; pero rendido en fin á los ruegos de aquella arrepentida comunidad, regresó al de S. Isidoro, donde eligió para su habitación un lugar retirado de todo el comercio del monasterio: y formando en él un altar de la Santísima Cruz, pasaba en fervorosa oracion los dias, y las noches, teniendo á la vista la insignia representativa de los misterios de la pasion de Jesucristo, tan altamente impresos en su corazon. Allí se entregó á una mortificacion sin limites, renovando en su persona aquellas espantosas imágenes de penitencia hasta entonces oidas en los desiertos del Oriente, observando una abstinencia tan suma, que parecia vivir de milagro. No por esto tenia ociosa su ardiente caridad para con los prójimos: cuidaba con esmero de los pobres, y con especialidad de los enfermos, á quienes consolaba con palabras dulcissimas: y si advertia entre sus compañeros la mas mínima discordia, ocur-

ria como ángel de paz á purificarlos inmediatamente. En suma, estaba el siervo de Dios tan lleno de gracia, que todos deseaban verle, experimentando el que le buscaba triste, y atribulado tanto consuelo en su trato, que volvía libre de la pena que le afligia.

Esparsióse la fama de la eminente virtud de Martin por todo el reino de Leon: y atraídos del buen olor de su santidad muchos obispos, y grandes, concurrían á disfrutar su santa conversacion, admitiendo con profunda sumision sus saludables consejos; pero distinguiéndose entre todos el Rey D. Alonso el IX, lo visitaba con frecuencia, y no pocas veces venia de rodillas para el Santo en prueba de la suma veneracion que le profesaba.

Carecia el siervo de Dios de inteligencia en las santas Escrituras, porque ocupado en su juventud en las peregrinaciones dichas, no tuvo tiempo para aplicarse al estudio de las sagradas letras, en las que apetecia tener un perfecto conocimiento. Recurrió al cielo con fervorosas oraciones, y con frecuentes súplicas, á fin de que el Señor se dignase concederle la inteligencia de la doctrina revelada para ser mas útil: y queriendo Dios satisfacer sus deseos, le llenó de ciencia infusa por uno de aquellos maravillosos portentos de su adorable providencia. Estaba una noche en oracion Martin reiterando sus ruegos, y quedándose dormido se le apareció en sueños el Padre S. Isidoro con un libro en las manos, y le dijo: *Toma este volumen, cómelo, y te dará el Señor la inteligencia que apeteces de las Santas Escrituras: viértela con facilidad para que se instruyan por tí los fieles.* Escusóse el siervo de Dios porque ayunaba aquel día, pero le instó el Santo Doctor diciendo: *Entiende, que no defraudarás el mérito del ayuno: esto te conviene para saber lo que apeteces: cumple la voluntad de Dios, para que no te prives de la ciencia tan deseada por tí.*

Obedeció Martin inmediatamente, y comiéndose el libro que le entregó S. Isidoro, quedó tan lleno de sabiduría, que escedió considerablemente á todos los teólogos de su siglo, brillando entre los mas doctos como el sol entre los demás planetas. Dió el Santo á Dios repetidísimas gracias por un favor tan singular: y creyéndose obligado á convertir la ciencia en utilidad pública, ilustró con ella maravillosamente á la Iglesia, confundió á los herejes, desterró los errores, y redujo al camino de la salvacion á no pocos extraidos. Quiso dejar á la posteridad algunos monumentos instructivos: y aun cuando se hallaba en una edad avanzada, y enteramente debilitada, escribió con un trabajo sumo dos volúmenes con el título de Concordia del antiguo, y nuevo

Testamento, y además recopiló en otro tratado varias sentencias de los Santos Padres: de cuyos escritos dice con particular elogio D. Lucas de Tuy, que por ellos se aclaran las cosas oscuras de la Santa Escritura, se fortalece la fe católica, se confunde la perfidia de los judíos, se destruyen las herejías, se manifiesta todo lo que es bueno, y honesto, y se nos induce á ello por testimonio de las sagradas letras, y por razones suaves, y benignas; por lo que con justa razon debe ser contado S. Martin entre los Doctores de la Iglesia: todo lo cual comprueban las citadas obras en dos tomos en folio impresas en Segovia en el año 1782, á espensas del eminentísimo señor D. Francisco Antonio Lorenzana, arzobispo de Toledo.

Quiso Dios manifestar lo agradables que le eran estas útiles tareas de su fidelísimo siervo con uno de sus maravillosos prodigios. Tenia Martin al tiempo que las escribía siete clérigos amanuenses: y recibiendo solamente la ración que le daba el monasterio, multiplicándola con su bendición se mantenían todos, y aun sobraba para dar á los pobres. No fué este solo prodigio el que obró el Señor por los méritos del Santo, hizo otros muchos que sirvieron para recomendar su eminente santidad.

Quebrantada la salud del siervo de Dios á fuerza de sus continuos trabajos, y al rigor de sus asombrosas penitencias, cayó en la última enfermedad: y como el Señor le habia revelado mucho antes la hora de su muerte, la que manifestó á sus compañeros con extraordinario júbilo, redobló en el corto resto de su vida su fervor, é hizo esfuerzos extraordinarios para purificar su inocencia: finalmente habiendo recibido los Santos Sacramentos, espiró tranquilamente en el día 11 de febrero del año 1203, bien que otros señalan su feliz tránsito en el 12 de enero. Súpose luego en Leon la muerte del Santo, y fué general la pena, y el sentimiento por haber perdido un padre tan piadoso, un doctor tan científico, y un oráculo celestial, en quien todos tenían los mas saludables consejos, y la resolucion de sus dudas; que solo pudieron consolarse con la firme seguridad de tener en el cielo un nuevo protector, y abogado que intercediese por ellos. Celebráronse los funerales con la pompa, y con la solemnidad que exigia el mérito del Santo, venerado por tal en vida, y despues de muerto; y fué depositado su cadáver en el mismo monasterio. Quiso el Señor hacer su sepulcro célebre con repetidísimos milagros, los cuales movieron la devocion de los Leoneses, á que concurrieran á visitarle, y á ofrecerle sus votos, y sus promesas.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

La caridad que se observa en la Iglesia con los muertos, siempre es provechosa á los vivos, no solo porque nos granjea amigos en el cielo, cuya proteccion no puede menos de sernos muy ventajosa; sino porque sirve maravillosamente para desprendernos de este mundo, cuya vanidad y figura transitoria nunca mejor la vemos que cuando hacemos oracion por los difuntos.

La triste memoria de aquellas personas que ya no son, y que tiernamente amamos en otro tiempo: de aquellos amigos de confianza, que eran todas nuestras delicias: de aquellos poderosos apoyos en que se fundaba la fortuna que comenzaba á asomárnos: esta triste memoria, vuelvo á decir, es un gran remedio para curarnos de las falaces ilusiones que engañan al corazón, y al espíritu.

Cuando se considera que aquel padre, aquella madre, que afanaron toda la vida, y la gastaron en amontonar bienes de fortuna para nosotros, ya no existen; y que los sufragos, que ofrecemos son por el descanso de sus almas: cuando se considera que aquel esposo, aquella esposa, que era todo nuestro consuelo, acabó ya sus dias, y que sepultada en los horrores de la muerte, y sumergida en las terribles llamas, destinadas para purificar las almas, pide el socorro de nuestras oraciones: cuando se nos representan tantos fieles, que vivieron como nosotros, y que como nosotros ocuparon los primeros puestos, poseyeron los empleos lustrosos, edificaron esas soberbias casas, y brillaron en todas las ocasiones. Cuando se considera todo esto, ¿podrá dejar de pensarse que algun dia tendremos nosotros la misma suerte que ellos; que como ellos nos hemos de ver reducidos al asqueroso rincón de una sepultura; que como ellos hemos de ser despojados de todos esos ricos muebles, de todos esos pomposos equipajes, de todas esas grandes herencias; y que como ellos dentro de pocos dias tendremos estrema necesidad de las oraciones de los fieles? ¡Dichosos nosotros, si nos halláremos como ellos en lugar donde estas oraciones puedan aprovecharnos!

Parece que no es posible rogar á Dios por los muertos sin acordarse de la muerte. Y esta memoria, este pensamiento tan propio para desengañarnos de tantas aparentes brillantes como nos deslumbran, de tantos falaces atractivos como nos encantan; este pensamiento tan propio para quitar todo gusto á los place-

res de esta vida, ¿podrá ofrecerse á la memoria con frecuencia sin producir algun efecto?

Es la muerte el sepulcro de las pasiones, y su recuerdo es el gran remedio de ellas. Pierden toda su fuerza cuando se consideran como origen de tantas pesadumbres, y de tantos amargos arrepentimientos. En la muerte se las mira á otras luces, y ni aun se puede comprender como se las pudo mirar de otra manera.

¿Quedan por ventura en la muerte algunos vestigios de aquellas ideas quiméricas que se tuvieron en el mundo, ni de aquella mentida felicidad con que entretiene engañosamente á sus secuaces? ¿Esos caprichosos devaneos de la propia escelencia, ese furioso hipo de sobresalir, esos deseos inmensos de enriquecerse, subsisten por ventura entre los tristes despojos de nuestros cuerpos? ¿Perseveran acaso en medio del universal espolio de todas las cosas? ¿Resta por lo menos alguna memoria, que nos consuele mucho de todo lo que lisonjeó tanto nuestro orgullo? ¿De todo lo que sació nuestro apetito? ¿De todo lo que constituyó nuestra soñada felicidad en la tierra?

¿Se piensa, se reflexiona, se medita cuando se está á punto de entrar en la espantosa eternidad? ¿Pero es tiempo de disponerse para morir cuando ya se está muriendo?

En aquel último momento casi se pierde de vista el puñado de días que se vivió; y si el moribundo conserva alguna memoria de lo que fué, solo es para sentir mayor amargura en lo que va á ser, y en lo que ya es.

Yo era poderoso; yo poseia grandes bienes; yo gozaba elevados empleos; yo tenia incontestables derechos; yo disfrutaba gruesas rentas; yo estaba en posesion de pingües beneficios: *et solum mihi superest sepulchrum*; y ya todo esto se desvaneció: nada me ha quedado sino una hedionda sepultura.

Aquellas casas magníficas, aquellos soberbios palacios, mudas, pero elocuentes reprensiones de la vanidad de los mortales, donde habia amontonado lo mas fino, lo mas esquisito que puede producir el arte; lo mas precioso, lo mas raro que se encuentra en los países mas remotos. Aquellas quintas en que pasé tantos y tan divertidos dias: aquellos muebles, aquellas alhajas de tan delicado gusto: aquel magnífico almacén de adornos artificiosos: aquel rico tocador tan atestado de joyas y de diamantes: aquel numeroso séquito de cortejantes, de adoradores, y de lisonjeros: aquel ostentoso tren, aquel soberbio equipaje con que me presentaba en la calle, y que me hacia tanto honor á lo del mundo. ¿Todo esto dónde está? Ya nada de esto para mí. Apoderáronse

de ello mis herederos; hiciéronse dueños absolutos de todo: á mí solo me ha quedado una negra, una horrible sepultura: *et solum mihi superest sepulchrum*. ¡O qué reflexiones! ¡O qué objeto! ¡O qué verdades tan eficaces para reprimir las pasiones, para amortiguar su fuego! Dichoso aquel que no espera á la muerte para aprovecharse de tan poderoso remedio.

En aquella hora no hay reflexion que no aflija; no hay objeto que no espante; hácia ninguna parte se pueden volver los ojos, que no sea con amargura: *In amaritudinibus moratur oculus meus*. Lo pasado aflige, lo presente asusta, lo futuro causa terribles espantos. Arrepiéntese el moribundo de lo que fué; pero por lo común, ¿qué arrepentimiento tan estéril? Desespérase de no haber sido el que debia; pero de ordinario, ¿qué remordimiento tan inútil! Gime, llora, siente un cruel dolor de no haber prevenido con frecuentes reflexiones y con una vida mas arreglada el deplorable estado en que se mira: pero ¿qué arrepentimiento tan tardío! ¿Qué lágrimas tan amargas, como infecundas!

¿De qué sirve en el estado presente á aquella persona haber sido en vida tan distinguida por su ingenio, por su dignidad, por sus riquezas, por su clase, por sus empleos? Viene la muerte á adocénarla con los mas viles de todos los mortales.

¿De qué sirven al presente á aquella mujer, que acaba de espirar, todos sus ricos adornos, todo su pomposo fausto? Espiraron con ella su soberbia, su ambicion, y su delicadeza: la podre, y los gusanos son la única herencia que la ha quedado: *Cum morietur homo, hæreditabit vermes*. ¡Buen Dios! ¡cuántas ilusiones derriba la muerte!

Pero, ¿qué es lo que se hace cuando en vida se trae á la memoria el pensamiento de la muerte? Anticipase, por decirlo así, aquel postrero dia, aquel último momento, aquellas luces vivas y penetrantes; y sin aguardar á que la catastrofe, y el fin de los enredados lances del mundo nos descubran á nuestro pesar estos misterios de vanidad, nosotros nos lo descubrimos á nosotros mismos por medio de santas reflexiones.

Quando se pone á la vista el retrato de la muerte, se miran desde luego todas las cosas del mundo á aquellas mismas luces á que la muerte nos las ha de hacer mirar. ¿Se conocen, y se juzga de ellas ahora como se ha de juzgar entonces? Vese claramente que son frivolas, engañosas, despreciables: avergüénzase el corazón de haberse pegado á ellas: llora uno su ceguedad, como la lloraria en aquella última hora. Hallándose el entendimiento, y la voluntad en tan cristiana disposicion, la pasion

mas violenta se resfria; la concupiscencia no está tan viva, ni el apetito tan hambriento. Grandezas humanas, bienes caducos, placeres superficiales todo se representa con un resplandor tibio y maligno, con un atractivo lánguido y zozco, con un gusto insípido, mirado por entre los oscuros celajes de la muerte.

Acuérdate de la muerte, dice el Sabio, y te conservarás inocente: *Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.* Acuérdate de la muerte, y dejarás de estar tan infatuado de tí mismo: no serás tan vivo, ni tan ardiente en defender tus derechos: no serás tan celoso de tu autoridad, tan delicado en tus intereses, tan codicioso de tus ganancias, tan feroz en tus cóleras, tan duro con los demás, tan indulgente contigo mismo, y tan poco cristiano en toda tu conducta. Acuérdate de la muerte, y desde luego tendrás apacibilidad, dulzura, circunspeccion, modestia, paciencia, moderación. La imagen de la muerte hace llamada, por decirlo así, á todas las virtudes.

Pero mientras tanto se huye de pensar en la muerte. ¿Mas por qué? ¿Acaso se pone en duda, si se ha de morir? ¿Acaso se tiene seguridad de morir bien? ¿Es obra tan fácil, ó á lo menos indiferente una buena muerte? ¿Es de tan poca consecuencia que no merece se piense en ella? De la muerte pende la salvacion eterna: son pocos los que mueren bien. ¿Pero puede suceder otra cosa, siendo tan pocos los que piensan en la muerte?

El pensamiento de la muerte asusta, turba los gustos, altera el contento de los alegres dias de la vida: por eso se huye de él. ¿Pues por qué no hacemos lo mismo con todo aquello que nos inquieta y turba nuestro reposo?

Está pendiente un pleito criminal: trátase no menos que de conservar ó perder toda la hacienda, de la honra de la familia, de la vida misma. Si llega el caso de perderla, ¡qué pesadumbre! ¡qué desgracia! Solo en pensarlo nos estremece. ¿Pues por qué no se desvia de la imaginacion este triste, este molesto pensamiento? ¿Por qué al contrario se le abriga, se le fomenta, y á todas partes nos acompaña? No se piensa en otra cosa que en el pleito: no se habla de otra cosa que del pleito: no hay dia, no hay hora, no hay instante que no se llame á la imaginacion este pensamiento: en todas las acciones se le hace lugar; en la mesa, en la conversacion, en el juego, en el paseo; ningun objeto le distrae, todos ceden á él. A la verdad, aunque incomoda, no es inútil. Se agencia, se informa, se solicita, se consulta, se toman todas las medidas que sugiere la prudencia: este solo negocio ocupa el pensamiento, porque este solo nego-

cio ocupa el corazon. ¿Y qué se diria de un hombre, que teniendo un pleito de esta entidad, no quisiera ni aun oír hablar de él, que hiciera todo lo posible por desviarle de la memoria, solo porque le espanta, y le molesta?

No discurso que sea menester hacer la aplicacion, ni señalar con el dedo la imprudencia, mejor diré la locura de los que no quieren pensar en la muerte, porque este triste objeto los aterrará, y los melancoliza. ¿Pero se ignora por ventura, que en nuestra mano está, con el auxilio de la divina gracia, que la muerte nos llene de consuelo, nos sea dulce, nos sea preciosa en los ojos del Señor? ¿Y que uno de los medios mas eficaces para esto es pensar continuamente en la muerte? ¿Se puede racionalmente esperar una muerte dichosa, cuando no se ha dignado de pensar en ella en vida? Es tentacion conocida el horror que se tiene á tan saludable pensamiento. ¡Pobre de aquel que se dejare vencer de ella! A menos que se ponga en duda el morir, es locura el desechar el pensamiento de la muerte. Ciertamente, que si en todas nuestras resoluciones, en todas nuestras ideas, en todos nuestros negocios, en todo el comercio con el mundo tuviéramos presente que nos habíamos de morir, ahorrariamos mil motivos de arrepentimiento. Se teme el pensamiento de la muerte, porque se temen los efectos que necesariamente ha de producir este saludable pensamiento. Si se pensára muchas veces en la muerte, no se viviria con tanta libertad, con tanta alegría, con tanto esparcimiento, con tanto desahogo. Si se pensára muchas veces en la muerte, no se frecuentara tanto el juego, no se aspiraria con tanta ansia á los empleos, no se viviria con tanto encaprichamiento en las vanidades del mundo. Si se pensára muchas veces en la muerte, no se asistiria mas al baile, no se concurriria mas á todas las partidas de diversion, se abandonarían para siempre ciertos cortejos, y ciertas conversaciones; perderian todo el gusto para nosotros los teatros, las plazas, y los espectáculos. Si se pensára muchas veces en la muerte, presto se tomaria el partido del retiro, de la soledad, de la reforma: y esto es justamente lo que no estamos de humor de abrazar. El pensamiento de la muerte obliga al hombre á ser mas prudente cuando no tiene gana de ser mejor.

Pensar en la muerte sin enmendarse es locura; no pensar en ella, por no verse obligado á corregirse, es impiedad. ¡Qué desgracia, mi Dios! morirse un hombre sin haber casi jamás pensado en la muerte.

La Misa es la que se dice cotidianamente por los difuntos, y la oracion es la que se sigue:

O Dios Criador y Redentor de todos los fieles, concede á las almas de tus siervos, y de tus siervas la remision de sus pecados; para que por las piadosas oraciones de la Iglesia consigán el perdon que desearon. Tú que vives y reinas, etc.

La Epistola es del capítulo 14 del Apocalipsi.

San Juan en su Apocalipsi expresa: Oí una voz del cielo que me decia: Escríbete: Bienaventurados los que mueren en el Señor. Por cierto, dice el Es-

piritu Santo, ya es tiempo que descansen de sus trabajos, siguiéndoles sus obras para la recompensa.

REFLEXIONES.

Vivase como se quisiere entre la opulencia, entre el esplendor, y el regalo. Ni la nobleza, ni las riquezas, ni los honores, nada puede eximirnos de las miserias de esta vida. Todos vivimos en la region del llanto: no nace en ella la risa sino á fuerza de artificio. El decreto que condena los hombres al trabajo es universal: ninguno se exime de él. Ni las condiciones, ni los estados, ni aun las mismas edades dispensan á nadie en esta ley. Antes que se pueda, por decirlo así, derramar sangre, ya se entra en el mundo derramando lágrimas. Nacen con nosotros los dolores, y las pesadumbres. No siempre el trabajo corporal es el que mas fatiga: el alma y el corazon tienen sus penas, tanto mas duras, cuanto menos visibles. Las cruces interiores son las mas pesadas. Nunca mas amargamente se gime, que cuando se gime en secreto. Comienzan á correr las lágrimas desde la cuna, y no se seca el manantial ni aun con los rayos del trono. Es menos incompatible la alegría con los trabajos del cuerpo, que con los del espíritu. Aquellos tienen sus intervalos; pero los cuidados, las pesadumbres, las amarguras que causan las pasiones atormentan sin intermision. Esta es la suerte de todos los hombres del mundo: ó trabajos del cuerpo, ó cuidados del ánimo, y muchas veces unos y otros. No hay que esperar calma, ni reposo hasta que se acabe la vida. Dichoso aquel, á quien el espíritu dice, que descansase despues de sus trabajos. La alegría llena, la tranquilidad fija, el descanso dulce solo reinan en la patria celestial. Pero ad-

vierte, que este descanso es premio de las buenas obras, y que solamente á los muertos, que mueren en el Señor, se les dice que descansan de sus trabajos. ¡Qué suerte tan diferente! igualmente mueren el justo y el pecador: la vida de los dos fué igualmente trabajosa. Pero á los trabajos del justo se sigue un descanso eterno; y á las fatigas, á los sudores, á los cuidados del pecador se sigue un eterno suplicio. Llanto en este mundo, y en el otro fuego eterno, y con el fuego rabia, desesperacion, crujir de dientes sin fin. ¡O mil veces felices los que mueren en el Señor! ¡O mi Dios! ¡qué tranquila, qué envidiable es la muerte de los buenos! Hablando con propiedad, ella es el fin de los trabajos, y el principio de una felicidad pura, eterna y sobreabundante. Todos los mortales corren su carrera, sin que los mas piensen en el término. El curso es laborioso; ¿pero al cabo nos dirá el espíritu, que descansemos de nuestros trabajos? Consultemos nuestras obras. Dichoso el que trabajó por el cielo: dichoso el que vivió en el retiro, dedicado todo á devotos ejercicios: dichoso el que se desterró para siempre de los concursos llenos de peligro: dichoso el que pasó los dias de su vida en el servicio de Dios, y en santos ejercicios de mortificacion y de penitencia. Trabajemos en nuestra salvacion durante esta breve vida; que ya bastará la duracion de la eternidad para recompensar nuestros trabajos.

El Evangelio es del capítulo 6 de S. Juan.

En tiempo de la predicacion de Jesucristo dijo al pueblo de los Judios: Yo soy el pan de vida, que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; porque el pan que yo daré es mi carne entregada por la vida del mundo. Disputaban entre si los Judios, diciendo: ¿Como puede éste darnos á comer su carne? A que les satisfizo Jesus: En verdad, en verdad os aseguro: que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros; pues aquel que come mi carne y bebe mi sangre habrá la vida eterna. Y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

De la incertidumbre de la hora de la muerte.

PUNTO PRIMERO. — Considera que es cierto que hemos de morir. ¿Pero cuando? ¿Será presto? ¿Será tarde? No sabemos ni una palabra. Lo que hay de cierto en la materia es, que el dia de hoy